

la Inquisición, la utilizó, y su corazón fraternal combatió el cisma á sangre y fuego. Viviendo él y sus frailes en la pobreza, castidad y obediencia, las grandes virtudes de esos tiempos orgullosos y desordenados, íbase por las ciudades predicando á los impíos y procurando atraerlos á la Iglesia y entregándolos á los tribunales religiosos cuando su palabra no bastaba. Atacaba también á la ciencia, quiso hacerla suya y soñó en defender á Dios con las armas de la razón y de los conocimientos humanos, al ver lo del angélico Santo Tomás, lumbrera de la edad media que lo incluyó todo en la *Summa*, la psicología, la lógica, la política y la moral. De este modo fué como los dominicos llenaron el mundo, sosteniendo la doctrina de Roma en los pulpitos célebres de todos los pueblos, luchando casi en todas partes contra el espíritu libre de las Universidades, siendo vigilantes guardianes del dogma, artesanos infatigables de la fortuna de los papas, los más poderosos entre los obreros del arte, de ciencias y de letras que han constituido el enorme edificio del catolicismo tal cual existe aún hoy día.

Pero hoy que comprendía Pedro que se derrumbaba ese edificio que habían creído sólidamente construido con cal y arena para toda una eternidad, se preguntaba qué utilidad podrían tener aquellos obreros de otros pasados tiempos, con su policía y sus tribunales, muertos bajo la universal execración; con su palabra que no se escucha, con sus libros que no se leen apenas, su papel de sabios y de civilizadores que ha terminado ante la ciencia actual y cuyas verdades hacen que surja más y más el dogma por todas partes. Es cierto que constituyen siempre una orden influyente y próspera; solo que está ya muy lejos la época en que su general

reinaba en Roma, dueño del sagrado palacio y teniendo por toda Europa escuelas, conventos y subordinados. De tan vasta herencia no les quedaban en la Curia romana más que algunos cargos adquiridos en época anterior, entre los que figura el de secretario de la Congregación del Índice, una antigua dependencia del Santo Oficio y en la que gobiernan soberanamente.

Sin pérdida de momento hicieron pasar á Pedro al despacho del padre Dangelis. La sala era grande, desnuda y blanca, inundada de luz solar. Allí no había más que una mesa, unos cuantos escabeles y un crucifijo de cobre colgado de la pared. Al lado de la mesa estaba en pie el padre Dangelis, que era hombre de unos cincuenta años, muy delgado y que vestía con severa dignidad el amplio traje blanco y negro. En su larga faz de asceta, boca pequeña, nariz delgada, barba poco desarrollada de terco, los ojos tenían una fijeza que molestaba. Y además se mostró muy claro, muy sencillo y su recibimiento fué de una cortesía glacial.

—¿Sois el señor abate Froment, autor de la *Nueva Roma*, no es esto?

Y se sentó en un escabel, señalando otro con la mano.

—Hacedme el favor, señor abate, de decirme cuál es el objeto de vuestra visita.

Tuvo Pedro entonces que empezar de nuevo sus explicaciones y su defensa, y esto fué al poco tiempo muy penoso, porque observó que caían en el silencio, en un frío de muerte. El padre no se movía, con las manos cruzadas sobre las rodillas y los ojos fijos y penetrantes, clavados en los del presbítero.

Y cuando éste se calló, le dijo sin apresurarse:

—He creído, señor abate, que no debía interrumpi-

ros; pero no tenía para qué escucharos. Se está instruyendo el proceso de vuestro libro y no hay potencia en el mundo capaz de detener su marcha. No comprendo, pues, que es lo que esperáis de mi.

Con voz temblorosa, atrevióse Pedro á responder:

—Espero bondad y justicia.

Pálida sonrisa, de una orgullosa humildad, asomó á los labios del religioso.

—No tengáis ningun temor, porque Dios se dignó iluminarme en mis humildes funciones. No tengo, por otra parte, que hacer ninguna justicia, porque no soy más que un modesto empleado, encargado de clasificar y documentar los asuntos. Son sus eminencias solas, los miembros de la congregación, los únicos que han de sentenciar acerca de vuestro libro... Lo harán seguramente con la ayuda del Espíritu Santo y no tendréis más recurso que humillaros ante su sentencia cuando la ratifique su santidad.

Cortó la conversación y se puso en pie, obligando á Pedro á que hiciese lo mismo. Eran casi las mismas palabras que las oídas en casa de monseñor Fornaro, pero dichas con una claridad cortante, con una especie de tranquila valentía. En todas partes tropezaba con la misma fuerza anónima, con la máquina montada de una manera potente, cuyos engranajes no quieren conocerse unos á otros y que, sin embargo, aplasta. Durante largo tiempo aún le pasearían así, sin duda, del uno al otro, sin que pudiese encontrar jamás la voluntad razonadora que obraba. Y no tenía más que hacer que inclinarse.

No obstante, antes de marcharse ocurriósele la idea de pronunciar una vez más el nombre de monseñor Nani, del que empezaba á conocer el poder.

—Os suplico que me perdonéis si os molesté inutilmente; pero al hacerlo cedí á los bondadosos consejos de monseñor Nani, que se digna interesarse por mi.

Pero el efecto producido fué inesperado. De nuevo iluminóse el ascético rostro del padre Dangelis con una sonrisa, con un encogimiento de labios, en el que se aguzaba el más irónico desdén. Habíase puesto más pálido y sus ojos, reveladores de una viva inteligencia, centellearon.

—¡Ah, es monseñor Nani el que os envía...! Pues bien, si creéis que necesitáis protección, es inútil que os dirijáis á nadie más que á él... Es todopoderoso... idle á ver... idle á ver.

Este fué todo el ánimo que sacó de su visita; el consejo de que volviese á ver al que le enviaba. Comprendió que se le iba el pie y resolvió regresar al palacio Boccanera para reflexionar y comprender lo que le pasaba antes de continuar sus diligencias. Ocurriósele en seguida la idea de interrogar á don Vigilio y quiso la suerte que, aquella noche, después de cenar, encontrase al secretario en el corredor, con su palmatoria en la mano y en el momento en que iba á acostarse.

—¡Tengo que contaros tantas cosas! Os suplico, querido señor, que paséis un momento á mi cuarto.

Con un gesto hízole callar y luego añadió en voz baja:

—¿No visteis al abate Paparelli en el primer piso? Nos seguía.

Con mucha frecuencia encontraba Pedro en la casa al caudatario, cuya cara flácida, aire socarrón y huroneador de solterona con falda negra, le disgustaba soberanamente. Pero nunca le había inquietado su presencia y le sorprendió la pregunta. Por otra parte don

Vigilio, sin esperar la respuesta, habíase vuelto al extremo del corredor, en donde se detuvo á escuchar durante largo rato. Volvióse después á paso de lobo, apagó su vela y de un salto entró en el cuarto de su vecino.

—Ya estamos,—murmuró cuando se cerró la puerta, —y si no tenéis inconveniente, no nos quedemos en este salón, pasemos á vuestro dormitorio, pues valen más dos paredes que una.

Cuando la lámpara estuvo sobre la mesa y ambos se sentaron en el fondo de aquella pieza descolorida, cuyo papel gris lino, los muebles descabalados, el suelo y las paredes tenían la melancolía de las cosas viejas, pudo observar Pedro que el abate Vigilio sufría un acceso de calentura más intenso que de costumbre. Su cuerpo enflaquecido tiritaba y nunca sus ojos de brasa habíanse inflamado con tan negro fulgor, destacándose sobre su faz amarillenta, estragada por la fiebre.

—¿Es que no os encontráis bien? No quisiera fatigaros.

—¡Bien! ¡Ah! ¡Mis carnes abrasan! Pero á pesar de eso quiero hablaros. ¡No puedo más! ¡No puedo más! Es preciso que un día ú otro me desahogue.

¿Era su enfermedad la que hacía desease distracción? ¿Era que quería romper un largo silencio para no morir ahogado? Enseguida hizo que Pedro le contase cuanto le había ocurrido durante los últimos días y se excitó más cuando supo de que manera habían recibido al visitante el cardenal Sarno, monseñor Fornaro y el padre Dangelis.

—¡Eso es! ¡Eso mismo! ¡Y no me extraña nada y, sin embargo, me indigno con vos! Sí, lo que sucede no me importa y no obstante háceme enfermar, porque despierta el recuerdo de mis miserias, ¡de las mías! Es

preciso no contar con el cardenal Sarno, que vive muy lejos, siempre allá, en remotos países y que jamás hizo ni un favor á nadie, pero ¡Fornaro! ¡Ese Fornaro!

—Me pareció muy amable, mejor dicho, bondadoso, y en realidad se me figura que, á consecuencia de mi visita, modificará bastante su dictámen.

—¡Modificarlo él! Va á ensañarse con vos tanto como amable se mostró. Se va á cebar, á comeros y engordará con vuestra fácil presa. ¡Ah! ¡No le conocéis; con su aspecto agradable, está siempre al acecho para ir haciendo su fortuna con las desgracias de los pobres diablos, cuya derrota sabe ha de ser agradable á los poderosos! Así que prefiero al otro, al padre Dangelis, que es un hombre terrible, pero al menos franco y valiente y dotado de una inteligencia superior. Puedo añadir desde luego que éste os quemaría como un puñado de paja si estuviere en su mano el hacerlo, si fuese el amo... Y si pudiese decíroslo todo, si yo os hiciese penetrar conmigo en lo que hay detrás de las exterioridades de ese mundo, veríais los monstruosos apetitos de ambición, las complicaciones abominables de las intrigas, las venalidades, las cobardías, las traiciones y hasta los crímenes!

Al verle tan exaltado bajo la llama de un ódio tal, Pedro creyó que podría obtener cuantos informes había buscado en vano hasta entonces.

—Decidme únicamente en donde se halla mi asunto. Cuando llegué aquí y os pregunté, me respondisteis que ningún documento había llegado aún á poder del cardenal. Pero los autos se incoaron y debéis estar enterado, ¿no es esto? Y á propósito de eso, monseñor Fornaro me habló de tres obispos franceses que han de-

latado mi libro, exigiendo que se le persiguiese. ¡Tres obispos! ¿Será posible?

Don Vigilio se encogió violentamente de hombros.

—¡Ah! ¡Que buena alma sois! A mí me choca que no sean más que tres... Sí, muchos documentos referentes á vuestro asunto se hallan en mi poder y desde luego ya me figuraba yo lo que podía ser vuestro negocio. Los tres obispos son: el primero el de Tarbes que, indudablemente, no es más que un ejecutor de las venganzas de los Padres de Lourdes y después los de Poitiers y de Evreux, conocidos ambos por su intransigente ultramontanismo y además por ser apasionados adversarios del cardenal Bergerot. No ignoráis que este último está mal visto en el Vaticano, en el que sus ideas galicanas, y su espíritu ampliamente liberal, producen verdaderas tempestades de cólera... Y no busquéis más en ninguna parte, porque todo el mal está allí; es una ejecución lo que los Padres de Lourdes exigen al Santo Padre, sin contar con qué se desea alcanzar, por cima de vuestro libro, al cardenal Bergerot, gracias á la carta aprobatoria que con tanta imprudencia os envié y que publicásteis á manera de prefacio... Desde hace mucho tiempo las condenaciones del Indice no son más, tratándose de eclesiásticos, que puñaladas asestadas en la sombra. La delación asquerosa reina como señora soberana y á ésta sigue la ley del capricho. Podría citaros hechos increíbles, libros inocentes, escogidos entre otros cien para matar una idea ó un hombre; porque detrás del autor se apunta siempre á alguien, pero más lejos y más alto. Hay allí un nido tal de intrigas y una fuente tan copiosa de abusos, en la que se sacian la sed de venganzas y los bajos rencores personales, que la institución del Indice se derrumba y

aquí mismo, entre los que rodean al papa, se siente la necesidad absoluta de reglamentarla de nuevo y muy pronto, si no se quiere que caiga en completo descrédito... Empeñarse en conservar el poder universal con todas las armas, lo comprendo; pero es preciso que esas armas sean posibles, que no induzcan á la rebelión con la impudencia de su injusticia y que con su procedimiento anticuado é infantil no hagan sonreír!

Con el corazón oprimido por doloroso asombro, escuchó Pedro esto. Sin duda, desde que estaba en Roma, desde que veía á los Padres de la Gruta, saludados y respetados y dominadores por las regias limosnas que hacían al dinero de San Pedro, comprendía que estaban azuzando las persecuciones y adivinó que querían hacerle pagar la página de su libro en que hacía constar que en Lourdes había una distribución inicua de la fortuna, un espectáculo tremendo que hacía dudar de Dios, una continua causa de combate que debía desaparecer en la sociedad verdaderamente cristiana de mañana (1). A la sazón se daba cuenta también del escándalo que debía haber producido su alegría confesada, al ver destruido el poder temporal, y sobre todo aquellas malhadadas palabras de la «religión nueva». Lo que por si solo bastaba para armar á sus delatores; pero lo que más le admiraba y desesperaba era el saber que consideraban como un crimen la carta del cardenal Bergerot, su libro delatado y condenado para herir de soslayo al prelado venerable, al que no se atrevían á atacar de frente. El pensamiento de afligir á aquel hombre tan santo, de ser para él causa de su derrota, á pesar de su ardiente caridad, le hacía sufrir cruelmente. ¡Y qué desesperación más grande al encontrar en el fondo de esas querellas, en las que solo debía luchar el

(1) Véase la obra *Lourdes* de E. Zola publicada por esta casa. N del T.

amor al prójimo ó la caridad, las más sucias cuestiones de dinero ó de orgullo, los apetitos desenfundados del más feroz egoísmo!

Después de pensar en todo, prodújose en Pedro una rebelión contra ese Índice odioso é imbécil. Sabía al presente cual era su funcionamiento desde la delación hasta la pública exposición de los nombres de los libros condenados. El secretario de la congregación, el padre Dangelis, al que había visto, era el que recibía la delación é instruía desde luego el proceso, ordenaba los autos con su pasión de monje autoritario y letrado, soñando en gobernar las conciencias y las inteligencias como en los tiempos heroicos de la Inquisición. De los prelados consultores, había visto á uno, á monseñor Fornaro, encargado de dictaminar acerca de su libro, tan ambicioso y tan benévolo y teólogo tan sutil, que se habría apurado mucho para encontrar ataques á la Fé en un tratado de álgebra, cuando el avance de su fortuna lo exigía.

Tras esto venían las raras y contadas reuniones de los cardenales de la congregación, que votaban suprimiendo desde lejos un libro enemigo con la melancólica desesperación de no poder hacer lo mismo con todos, y por último el papa aprobando y firmando el decreto, una pura formalidad, porque todos los libros ¿no eran culpables? ¡Pero qué extraordinario y lamentable bastión del pasado ese Índice envejecido, caduco y vuelto á la infancia! Se comprendía cuan formidable debió ser su poder en la época en que los libros eran muy escasos y en que la Iglesia tenía tribunales de sangre y fuego para hacer ejecutar sus sentencias. Después multiplicáronse los libros de tal manera, el pensamiento escrito é impreso se convirtió en un torrente tan

profundo y caudaloso, que aquella corriente lo inundó y lo sumergió todo. Inundado, reducido á la impotencia, hallábase entonces el Índice, encerrado dentro de la vana protesta de condenar en montón la colosal producción actual, limitando cada vez más su esfera de acción, entregándose únicamente al examen de las obras escritas por eclesiásticos, y en esto llegó á corromper su misión, viciándose con las malas pasiones y convirtiéndose en instrumento de venganzas, de ódios y de asquerosas intrigas. ¡Ah! ¡Esa miseria de ruina, esa confesión de vejez imposibilitada, de parálisis general y creciente, viviendo en medio de la burlona indiferencia de los pueblos!

El catolicismo, el antiguo agente glorioso de la civilización, haber venido á parar á esto ¡á arrojar al fuego de su infierno los libros á montones! ¡Casi toda la literatura, la historia, la filosofía y la ciencia de los siglos pasados y del nuestro! En los momentos actuales se publican pocos libros que estén exentos de caer bajo los anatemas de la Iglesia; lo que hace ésta, es que si parece que cierra los ojos, lo hace para evitar el trabajo imposible de perseguirlo y destruirlo todo y si, no obstante, se empeña en conservar su soberana autoridad sobre las inteligencias, es á manera de reina antigua que, desposeída de sus estados, y sin poder disponer ni de jueces ni de verdugos, continuase dictando inútiles sentencias acatadas por una ínfima minoría. Supóngase por un momento victoriosa, triunfante, dueña por un milagro del mundo moderno y se pregunta uno que es lo que haría con el pensamiento humano contando con tribunales para condenar y fuerzas organizadas para ejecutar. Supóngase por un momento las reglas del Índice puestas en práctica al pie de la letra, un impresor

sin poder hacer una obra á no contar previamente con la licencia del Ordinario; todos los libros sometidos luego á la congregación; el pasado expurgado, el presente agarrotado y sometido al régimen del terror intelectual. ¿No sería esto la clausura de todas las bibliotecas, el encierro en un calabozo de todo el pensamiento escrito, el porvenir cerrado y la detención total de todo progreso y adelanto conquistador? En nuestros días, ahí está Roma como un ejemplo terrible de tan desastrosa experiencia, con su helado suelo, su muerte savia, muerta por siglos de gobierno papal; Roma, que ha llegado á ser tan estéril, que, á pesar de haber pasado veinticinco años desde que despertó, no ha podido nacer allí ni un hombre, ni una obra. ¿Y quién sería capaz de aceptar eso, no entre los espíritus revolucionarios, sino entre los espíritus religiosos de alguna ilustración y amplitud de miras? Todo se derrumbaba entre lo infantil y lo absurdo.

Era profundo el silencio que reinaba y Pedro, al que esas reflexiones trastornaron, hizo un gesto desesperado al ver á *don Vigilio* mudo en su presencia. Por un momento calláronse ambos entre la inmovilidad de muerte que subía del antiguo adormecido palacio, en medio de aquella habitación cerrada, iluminada por la luz tranquila de la lámpara. Y fué *don Vigilio* el que se inclinó con la mirada centelleante para murmurar con un ligero estremecimiento de su fiebre:

—Sabadlo de una vez; en el fondo de todo esto, están ellos, siempre ellos.

Pedro, que no le comprendió, le miró con asombro, inquietándole aquellas palabras incoherentes y dichas sin aparente transición.

—¿Quiénes son ellos?

—¡Los jesuitas!

Y el clérigo, enflaquecido, amarillento, concentró en ese grito la rabia acumulada de su pasión que estallaba. ¡Ah! ¡Peor para él si cometía una nueva tontería! ¡Al fin había pronunciado la palabra terrible! Dirigió, sin embargo, una mirada de extravío y de desconfianza alrededor del cuarto. Luego después se desahogó con un torrente de palabras, tanto más irresistible, cuanto más tiempo hacía que lo había contenido en el fondo de su corazón.

—¡Ah! ¡Los jesuitas! ¡Los jesuitas! Os figuráis conocerlos y no sospecháis siquiera cuan abominables son sus obras, ni grande, inmenso su poderío. No hay más que ellos, en todas partes y siempre. Decidlo así, en cuanto ceséis de comprender, si es que queréis comprender lo que sucede. Cuando tengáis un disgusto, os suceda algo, sufráis ó lloréis, pensad siempre: «Son ellos que están ahí.» No estoy seguro de que no haya uno oculto en ese armario ó bajo el lecho... ¡Ah! ¡Los jesuitas! ¡Los jesuitas! Ellos me devoraron y me devorarán y seguramente que no dejarán nada de mi carne ni de mis huesos.

Con voz entrecortada contó su historia y relató cuan llena de esperanzas había estado su juventud. Pertenece á la nobleza de provincias, rico con buenas rentas y dotado de una inteligencia muy viva, muy dúctil, y con un porvenir sonriente. A la sazón podía haber sido ya prelado y hallarse en disposición de aspirar á cargos más elevados; pero cometió la torpeza de hablar mal de los jesuitas y de oponerse á sus planes en dos ó tres circunstancias y desde entonces, según decía, habían hecho llover sobre él todos los males imaginables; su padre y su madre murieron, su

banquero huyó y las buenas colocaciones se le escapaban en cuanto se preparaba para obtenerlas, persiguiéndole toda clase de desdichas en su santo ministerio, hasta el punto de que le pusiesen en entredicho. No gozaba más que un poco de reposo desde el día en que el cardenal Boccanera, compadecido de su desgracia, le tomó á su servicio.

—Este es el refugio, el asilo. Execran á su eminencia que jamás estuvo á su lado y aun no se han atrevido á atacarle á él ni á los que le rodean. ¡Ah! No, no me hago ilusiones, algún día me cogerán otra vez! Tal vez se enteren de nuestra conversación de esta noche y me la hagan pagar muy cara, porque hice mal hablando, pero hablé á pesar mío. Me robaron toda mi dicha y me dieron todas las desgracias posibles ¡todas!... ¡todas! ¡Ya lo oí!

Creciente malestar fuese apoderando de Pedro que exclamó haciendo por tomarlo á broma:

—¡Vamos! ¡Vamos! ¿Y son también los jesuítas los que hicieron os atacasen las calenturas?

—¡Sí, sí que fueron ellos!—respondió con violencia don Vigilio.—Cogí esas calenturas á orillas del Tíber una noche que me fuí allí á llorar la gran pena que me dominaba al verme expulsado de la modesta iglesia de que estaba encargado.

Hasta entonces no había querido Pedro creer nunca en la terrible leyenda de los jesuítas. Perteneía á una generación que se sonreía al hablar del hombre lobo y que encontraba un poco ridículo el miedo burgués á los hombres negros, ocultos entre las paredes y aterrizando á las familias. Aquello era para él como cuentos de nodriza exagerados por las pasiones políticas y religiosas. Por esto se quedó mirando con asombro á

don Vigilio, temeroso de tenerse las que haber con un maniático.

No obstante evocó en su mente la historia extraordinaria de los jesuítas. Si San Francisco de Asís y Santo Domingo son el alma y el espíritu de la Edad media, los maestros y los educadores; el uno expresando toda la ardiente fé caritativa de los humildes, y el otro defendiendo el dogma, fijando la doctrina para los inteligentes y los poderosos, Ignacio de Loyola preséntase en el umbral de los tiempos modernos para salvar la sombría herencia que corría gran peligro, acomodando la religión á las nuevas sociedades dándola otra vez el imperio del mundo que va á nacer. Desde luego parecía haberse hecho la experiencia. Dios, en su lucha intranquileta con el pecado iba á ser vencido, porque en adelante era seguro que la antigua voluntad de suprimir el pecado, de matar el hombre en el hombre mismo, con sus apetitos, sus pasiones, su corazón y su sangre, no podía producir más resultado que el de una derrota desastrosa en la que la Iglesia se encontraba en vísperas de naufragar. Y fueron los jesuítas los que acudieron á salvarla de semejante peligro, devolviéndola á la vida conquistadora, decidiendo que es ella la que debe ir al mundo ya que éste parece no querer ir á ella. Todo está en eso, declaran que hay arreglos con el cielo, se plegan á las costumbres, á los prejuicios, hasta á los mismos vicios, mostrándose sonrientes, condescendientes, sin ningún rigorismo, y dando muestra de una diplomacia amable, pronta á emplear las más grandes abominaciones para la mayor gloria de Dios. Ese es su grito de reclutamiento y esa su moral fluída, esa moral de que se ha hecho un crimen; la de que todos los medios son buenos para conseguir el objeto, cuando ese

objeto son los intereses del mismo Dios representados por los de su Iglesia.

¡Qué éxito más colosal! Pululan, tardan muy poco en llenar la tierra y en ser en todas partes y sin disputa los dueños. Confiesan á los reyes, adquieren riquezas inmensas y poseen una fuerza invasora tan grande, que no ponen el pie en un país, por muy humildemente que lo hagan, sin que enseguida no se apoderen de él con almas, cuerpos, poder y fortuna. Fundan sobre todo escuelas, son incomparables moldeadores de cerebros, porque han comprendido que la autoridad pertenece siempre al mañana, á las generaciones que brotan y de las que es preciso continuar siendo los amos si se quiere reinar eternamente. Su poderío es tal, basado en la necesidad de una transacción con el pecado, que, al día siguiente del Concilio de Trento, transforman el espíritu del catolicismo, le penetran y se lo identifican, llegando á ser los soldados indispensables del papado que vive de ellos y para ellos. Desde entonces Roma les pertenece, Roma, en la que durante tanto tiempo mandó su general, de donde salieron las consignas de esa táctica oscura y genial llevada á cabo ciegamente por un ejército numeroso, cuya sábia organización cubre el globo con una red de hierro bajo el aterciopelado cutis de unas manos delicadas muy acostumbradas á manejar á la pobre humanidad doliente. El prodigio, empero, es el de la asombrosa extraordinaria vitalidad de los jesuítas sin cesar acosados, condenados, ejecutados y á pesar de eso siempre en pie. En cuanto su poder se afirma empieza su impopularidad y se hace poco á poco universal. Es un acoso general, una grito de execración que se eleva contra ellos, acusaciones abominables, procesos escandalosos en los que aparecen como malhe-

chores ó corruptores. Pascal, los entrega al desprecio público, los parlamentos condenan sus libros al fuego, y las universidades rebaten su enseñanza y su moral como deletéreas. En cada reino provocan tales perturbaciones y luchas tan grandes que pronto los expulsan de todas partes. Durante más de un siglo andan errantes, arrójanles de todas partes y más tarde vuélvenlos á llamar, pasando así y repasando las fronteras, saliendo de un país entre gritos de odio para volver después cuando se apaciguó todo. Por último, suprímelos un papa, lo que fué un desastre tremendo para ellos, los restablece otro y desde aquella época están como tolerados. Y en esa diplomática anulación, en la sombra voluntaria en la que prudentemente viven, no dejan de ser los triunfadores, de tener el aire tranquilo y seguro de la victoria como soldados que conquistan para siempre la tierra.

Sabía Pedro que en la actualidad, á no juzgar más que por la apariencia de las cosas, parecen desposeídos de Roma. Han dejado de cuidar del culto en la iglesia de Jesús y no dirigen tampoco el Colegio Romano en el que educaron tantas almas y, sin casa propia, reducidos á la hospitalidad extraña, hánse refugiado modestamente en el Colegio Germánico en el que hay una capillita. ¿Era necesario creer en una habilidad soberana, en la habilísima astucia de desaparecer para seguir siendo los amos secretos y todo poderosos, la voluntad oculta que lo dirige todo? Se decía que la infalibilidad pontificia era obra suya, arma con que ellos mismos se armaron, fingiendo hacerlo con el papado para las necesidades próximas y decisivas que su génio adivinó en vísperas de grandes trastornos sociales. Entonces sería tal vez cierto lo que en un estrechamiento



de misterio contaba *don* Vigilio acerca de esa soberanía oculta, esa mano que intervenía en el gobierno de la Iglesia, en el Vaticano; en esa realza ignorada y total.

De pronto y bruscamente, acudió á la mente de Pedro una idea que preguntó:

—¿Es pues jesuita, monseñor Nani?

Ese nombre pareció devolver á *don* Vigilio toda su inquieta pasión é hizo un ademán con mano temblona.

—¡El! ¡Ah! Es demasiado fuerte, hábil y con exceso precavido para haberse puesto la faja; pero salió del Colegio Romano en que se formó su generación y se infiltró con ese génio de los jesuitas que se adapta de una manera tan admirable al suyo propio. Si comprendió el peligro, el de señalarse adoptando una librea impopular y engorrosa, no por eso es menos jesuita, ¡oh! jesuita en la carne, en los huesos, en el alma y superiormente. Tiene la evidente convicción de que la Iglesia no puede triunfar más que sirviéndose de las pasiones de los hombres, y lo cree porque la ama sinceramente; es muy piadoso en el fondo, muy buen sacerdote, sirviendo á Dios sin debilidad alguna por el poder absoluto que da á sus ministros. Aparte de esto, es tan amable, incapaz de cometer una falta ó una brutalidad, ennoblecido por la línea de nobles venecianos, sus ascendientes, instruído profundamente por el conocimiento de la sociedad, con la que estuvo muy mezclado en Viena, en París, en las nunciaturas, sabiéndolo y conociéndolo todo, gracias á las delicadas funciones que desempeña desde hace diez años como asesor del Santo Oficio. ¡Ah! ¡Es toda una potencial No es el jesuita furtivo, cuya negra sotana se desliza entre la desconfianza de todos, sino el jefe sin uniforme que le señale, ¡es la cabeza, es el cerebro!

Estas palabras hicieron que Pedro se pusiese serio, porque no se trataba de hombres ocultos en las paredes, ni de sombríos complots de una secta romántica. Si esos cuentos no se avenían bien con su excepticismo, admitía sin inconveniente que una moral oportunista, como la de los jesuitas, nacida de las necesidades de la lucha por la vida, se había inoculado y predominaba en la Iglesia entera. Aún cuando desapareciesen los jesuitas, su espíritu los sobreviviría, puesto que era el arma de combate, la esperanza de victoria, la sola táctica que podía hacer que los pueblos fuesen á parar al dominio de Roma. Y la lucha seguía, en realidad, en esa tentativa de acomodamiento que se perseguía entre la religión y el siglo. Comprendió desde luego que hombres, como monseñor Nani, pudiesen adquirir una importancia enorme, decisiva.

—¡Ah! ¡Sí supieseis! ¡Sí supieseis!—siguió diciendo *don* Vigilio.—Está en todas partes y en todo pone mano. ¡Mirad! Aquí, en casa de los Boccanera, no pasa nada sin que yo no le encuentre en el fondo, enredando ó desenredando los hilos, según las necesidades que él solo conoce.

Y con esa fiebre inagotable de confianzas, cuya crisis le abrasaba, contó de que manera monseñor Nani había trabajado el divorcio de Benedetta. Los jesuitas han conservado siempre, apesar de su espíritu de conciliación, una actitud irreconciliable respecto á Italia, sea porque no desesperan de reconquistar á Roma, ó sea porque esperan á que suene la hora de tratar con el verdadero vencedor. Comensal familiar desde hacía mucho tiempo de *donna* Serafina, Nani la aconsejó y la ayudó para que recobrase á su sobrina y á precipitar la

ruptura con Prada en cuánto Benedetta perdió á su madre. Fué él, quien, para despojar moralmente al abate Pisoni, al cura patriota confesor de la joven, al que acusaban de haber hecho el casamiento, la impulsó á que tomase al mismo director espiritual que su tía, el padre jesuita Lorenza, hombre apuesto, de hermosos ojos claros y bondadosos, cuyo confesionario se hallaba en la capilla del Colegio Germánico. Y parecía indudable que esta maniobra decidió toda la aventura y lo que un cura hizo en favor de Italia, un padre jesuita lo deshizo en contra de Italia.

¿Porqué Nani, después de consumada la ruptura, parecía haberse apartado durante un momento del asunto hasta el punto de dejar en peligro de perderse la demanda de anulación de matrimonio? ¿Y porqué se ocupaba otra vez, haciendo que comprasen á monseñor Palma, poniendo á *donna* Serafina en campaña é interviniendo él mismo con su influencia sobre los cardenales de la congregación del Concilio? En todo esto había puntos oscuros, lo mismo que en todos los asuntos de que se ocupaba; porque era más que nada, hombre de combinaciones á largo plazo. Se podía suponer, sin embargo, que quería apresurar el casamiento de Benedetta y Darío para acabar de una vez con las abominables hablillas de la sociedad blanca, que acusaba al primo y á la prima de no tener en el palacio más que un solo lecho, y esto, bajo la mirada llena de indulgencia de su tío el cardenal. O tal vez que ese divorcio, obtenido á fuerza de dinero y bajo la presión de las influencias de más notoriedad, era un escándalo voluntario, primero llevado con mucha lentitud, y después precipitado al presente para perjudicar al mismo

cardenal, del que los jesuitas podían quizás, tener necesidad de desembarazarse en alguna circunstancia próxima.

—Me inclino bastante á esta suposición,—dijo *don* Vigilio como conclusión,—tanto más, porque esta noche he sabido que el papa está algo enfermo. Con un anciano, que pronto tendrá ochenta y cuatro años una catástrofe repentina no es imposible, y el papa no puede tener un constipado sin que todo el Sacro Colegio y la prelatura toda no estén en el aire, trastornados, revueltos por la brusca batalla de las ambiciones. Los jesuitas han combatido siempre la candidatura del cardenal Boccanera á pesar de que deberían estar á su lado por su rango y por su intransigencia respecto á Italia; pero les inquieta la idea de darse semejante amo al que le tildan de una rudeza intempestiva, de una fé violenta sin ductibilidad y demasiado peligrosa hoy en estos tiempos de diplomacia porque atraviesa la Iglesia... No me extrañaría nada, por tanto, que procurasen desacreditarle, hacer que su candidatura sea imposible, valiéndose para ello de los medios más vergonzosos y más ocultos.

A Pedro empezó á invadirle un ligero estremecimiento de miedo. El contagio de lo desconocido, de las tenebrosas intrigas tramadas en la sombra, obraba sobre él, en medio del silencio de la noche, en el fondo de ese palacio, cerca de ese río Tíber y en esa Roma toda ella llena de dramas legendarios. Hizo, al fin, un brusco retorno á sí mismo, á su caso personal.

—¡Pero yo! ¡Yo en todo eso! ¿Por qué parece que monseñor Nani se interesa por mí? ¿Cómo se encuentra mezclado en el proceso que se sigue á mi libro?

*Don* Vigilio hizo un gran gesto.

—¡Ah! ¡No se sabe nunca! ¡No se sabe nunca la

verdad! Lo que puedo asegurar es que no se enteró del asunto hasta que las declaraciones de los obispos de Tarbes, de Poitiers y de Evreux, estaban ya entre las manos del padre Dangelis, el secretario de la congregación del Indice. He sabido que entonces hizo grandes esfuerzos para que ese proceso no siguiese adelante, considerándolo, sin duda, impolítico é impropio. Pero cuando la congregación se apodera de un asunto, es muy difícil, si no imposible, hacérselo soltar, y esto con mayor motivo por que tropezó con el padre Dangelis, con este que, como buen dominico, es adversario encarnizado de los jesuítas... Fué entonces cuando hizo que la *contessina* escribiese al señor de la Choue para que os dijese viniéseis á defenderos y para que aceptáseis, durante la permanencia en Roma, hospitalidad en este palacio.

Esta revelación acabó de emocionar á Pedro.

—¿Estáis seguro de lo que decís?—preguntó.

—Completamente seguro, porque un lunes oí hablar de vos y ya os indiqué que parecía conoceros íntimamente lo mismo que si se hubiese entregado á minuciosas investigaciones acerca de vuestra persona. Para mí había leído vuestro libro y estaba sumamente preocupado.

—¿Creéis pues que profesa mis ideas, que sería sincero al defenderse y haciendo esfuerzos para defenderme á mí?

—¡Oh! ¡No! ¡No, de ningún modo! ¡Con seguridad que execra vuestras ideas, á vuestro libro y á vos mismo! Es preciso conocerle y saber que bajo su acariciadora amabilidad se oculta un desdén muy grande al débil, un horror al pobre y su amor al poder y á la autoridad. Sin inconveniente os perdonaría acaso lo de Lourdes

por más que hay allí una maravillosa arma de gobierno; pero no os perdonaría jamás el ponerlos al lado de los humildes y míseros de este mundo y el pronunciarlos contra el poder temporal. ¡Si le oyéseis burlarse con tierna ferocidad del señor de la Choue, al que llama el sauce llorón elegiaco del neocatolicismo!...

Llevóse Pedro las manos á las sienes y se oprimió desesperadamente la cabeza.

—Entonces, porque... decidme el porque, decidme lo... os lo suplico, ¿á qué hacerme venir aquí á esta casa y á su completa disposición? ¿Para qué hacerme pasear durante tres meses por Roma, tropezando con todos los obstáculos imaginables, cansándome cuando le era tan fácil dejar que el Indice suprimiese mi libro si le estorbaba? Es cierto que las cosas no habrían pasado tranquilamente, porque estaba dispuesta á no someterme, á confesar en voz alta mi nueva fé, hasta contra las decisiones de Roma.

Los negros ojos de *don* Vigilio centellearon en su faz amarillenta.

—¡Eh! Puede que sea que no quiso eso. Sabe que sois muy inteligente y muy entusiasta, y muchas veces le oí que no se debe luchar cara á cara con los entusiasmos, ni con las inteligencias.

Púsose Pedro en pié y ya ni siquiera escuchaba, paseándose muy agitado por la habitación como arrastrado por el desorden de sus ideas.

—Vamos, es necesario que sepa y comprenda si quiero continuar la lucha. Vais á hacerme el favor de prestarme un servicio, el de informarme detalladamente acerca de cada uno de los personajes que figuran en mi asunto. ¡Jesuítas, jesuítas por todas partes! ¡Dios mío! Lo veo, tal vez tenéis razón... Aunque así